

A.C.N. DE P.

AÑO XXXIX

1 diciembre 1962

NUM. 740

Depósito legal: M. 244-1956

La investigación y la formación científicotécnica en la Universidad

LA TAREA INVESTIGADORA NO DEBE QUEDAR AL MARGEN DEL RECINTO UNIVERSITARIO

La sociedad española se desentiende de la labor que la Universidad realiza

Ponencia de don Armando Durán Miranda, decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, pronunciada el 8 de noviembre de 1962 dentro del ciclo

“La realidad universitaria española”

En el Círculo de Estudios del 8 de noviembre último, don Armando Durán Miranda y don Juan José Barcia Goyanes explicaron el tema de “La investigación y la formación científicotécnica en la Universidad”. En el coloquio que siguió a la exposición intervinieron los señores Roglá, catedrático de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, y Otero Navascués, presidente de la Junta de Energía Nuclear.

La Universidad no debe pretender tan sólo enseñar. La Universidad tiene o debe tener como misión fundamental la de formar a las personas que por ella pasan o que en ella están. Quiere esto decir que la tarea que le incumbe no es sólo la de impartir unas enseñanzas repitiendo rutinariamente unos conceptos. La Universidad tiene que ser un continuo pulimento en el que los campos docente y discente vayan dando de sí lo mejor en un intento de perfección. Ciertamente, los enseñantes y los enseñados juegan papeles distintos, pero dentro de ellos hay tareas comunes que forman el conjunto de la vida universitaria. Un centro en el que sólo se enseñen y aprendan unas materias sin llevar paralelamente una formación sería prácticamente un lugar de coincidencia de profesores y alumnos, pero no una Universidad. Por otra parte, la enseñanza escueta sin la inquietud que supone la tarea investigadora desvitalizaría la función docente.

La investigación, en el sentido más amplio, es la búsqueda de una verdad, es un intento de esclarecer lo confuso, de dar luz sobre una sombra, de ordenar lo disperso.

En cualquier caso supone partir de una incertidumbre sin saber de antemano si el éxito coronará la obra. No cabe hablar de un final predestinado; hay que permanecer siempre en un continuo luchar por alcanzar el premio. Ciertamente, se puede sospechar el desenlace al iniciar el camino a lo largo del cual una especie de gracia de estado vela los pasos cuando se parte con seriedad y con ánimo de alcanzar la victoria.

La enseñanza supone un continuo estar al día para otear desde la altura de nuestro tiempo el panorama que presenta una materia determinada y las relaciones que la ligan con otras disciplinas. Exige una continua revisión de

los conceptos y los métodos para despojar la explicación de lo caduco y lo superfluo, introduciendo lo nuevo y lo prometedo. Al mismo tiempo no hay que caer en la tentación que llama a lo espectacular, a lo novedoso, y que puede conducir a un lucimiento personal que deslumbró al alumno o a un falso concepto del rigor que siempre escrupulosos y fomento escépticos. Un profesor debe moverse en el plano difícil de la ecuanimidad para presentar al alumno la visión objetiva del problema sin ponerlo demasiado fácil ni llenarlo de dificultades que lo hagan apartarse de él. Junto a la técnica de la exposición debe existir un modo personal que convierta la explicación en un oficio, pero también en un arte.

El profesor, ¿debe además ser investigador?

No hay duda que el profesor tiene que conocer a fondo la materia que explica y tiene que actualizar todos sus conocimientos. Como una añadidura, cabe preguntarse si debe ser, además, un investigador.

Estrictamente la respuesta habría de darse en el sentido de que un profesor puede no ser investigador, lo mismo que un investigador puede no tener condiciones docentes; sin embargo, las actividades docente e investigadora deben estar en íntima conexión, aun cuando el acento figure sobre una de ellas. La frase de Bernard Shaw que dice “que el que sabe hace, el que no sabe enseña y el que ni sabe ni hace dirige”, es un juego ingenioso de palabras que, sin ser totalmente falso, no es ciertamente exacto. No se pueden separar en compartimientos estancos lo que constituye la base sobre la que se asienta uno de los quehaceres del hombre. El profesor que enseña, el que además es maestro, el que mantiene al día sus conocimientos, tiene, paralelamente a su

vocación docente, una investigadora, y el que se preocupa por el porqué de las cosas y desarrolla en un seminario o en un laboratorio, o en el campo, o en una excavación, o, en general, en la búsqueda de una verdad una tarea investigadora, necesita exponerla y siente paralelamente una llamada a decir a los demás lo que ha encontrado, es decir, a enseñar.

Ciertamente hay condiciones personales que modifican el problema. Una mayor o menor facilidad para exponer claramente los conceptos y hacerlos asequibles, o una habilidad o un sentido innato para descubrir las causas, pueden poner el acento en lo docente o en lo investigador. Quiere esto decir que aun yendo juntas ambas tareas puede predominar una sobre la otra. Si volvemos la vista a la Universidad no hay duda que la tarea investigadora no debe quedar en ningún momento al margen del recinto universitario. No quiere esto decir que todos los catedráticos, absolutamente todos, tengan la obligación de investigar, pero no hay duda que les asiste el derecho de hacerlo. Por otra parte, el investigador no tiene la obligación de enseñar, pero sí tiene, además, el derecho a ello.

Concretándonos a la Universidad española, o mejor a la realidad española, nos encontramos con un hecho: la docencia ha estado por su propia razón de ser vinculada a la Universidad, y la investigación se ha desarrollado en ésta y en institutos dependientes unos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y otros de otros organismos del Estado. La iniciativa privada ha quedado en general al margen del problema.

Se presenta como primer paso urgente coordinar las tareas docente e investigadora, que marchan hoy por caminos no divergentes, pero sí de algún modo no interconectados.

La investigación tropieza en España con muchas dificultades

Por otra parte, la realidad universitaria española presenta el hecho de que la investigación que en ella se ha rea-

La formación teórica del médico ha mejorado notablemente en los últimos veinte años

Pero la formación práctica continúa siendo demasiado insuficiente

LA ENSEÑANZA MEDICA UNIVERSITARIA NECESITA: PRIMERO, HOMBRES; LUEGO, MEDIOS, Y, POR ULTIMO, EDIFICIOS

Ponencia de don Juan José Barcia Goyanes, decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia

En el círculo de estudios del día 8 del pasado mes de noviembre habló sobre la "Formación teórica y práctica del médico español" el catedrático de Anatomía don Juan José Barcia Goyanes. Transcribimos a continuación el texto taquígráfico completo de su interesantísima disertación.

En la distribución del tema que hemos hecho Durán y yo, me he reducido a la parte de la preparación profesional y técnica en la Facultad de Medicina, y después de oír la magnífica actuación de Durán me encuentro realmente un tanto acomplejado porque ha sabido dar una altura a su intervención, de la cual yo necesariamente he

de descender, ya que no tendría justificación el que yo me mantuviese en el terreno de los principios tan bien desarrollados por él, y necesariamente he de bajar al de las concreciones reales, al de las realizaciones, no ya en toda la Universidad española, que no conozco, porque esta separación de compartimientos estancos a que se refería Du-

rán es máxima entre las Facultades; casi somos unos desconocidos dentro de la misma Institución. Yo voy a referirme a lo que pasa dentro de la Facultad de Medicina y también al hacerlo me encuentro un poco en el caso de la autocrítica de los católicos. Me voy a ver un poco en el caso de hacer una autocrítica de los médicos, y esto, ante un público no médico, tiene sus peligros, sus peligros para nosotros como clase y peligros para ustedes como pacientes, porque es necesario que tengan siempre una confianza, una seguridad en sus médicos, que, desgraciadamente, no está siempre justificada por la realidad; pero en fin, aquí venimos a decir las verdades, y de igual manera que nos atrevemos a señalar los lunares de nuestro catolicismo, con más motivo tenemos que atrevernos a señalar los de instituciones a las que estamos personalmente muy ligados para que el afecto que a ella le tenga no me impida reconocer sus defectos.

La formación profesional del médico

De las tres misiones que Ortega adscribe a la Universidad: transmisión de cultura, formación profesional e investigación de nuevas verdades, vamos a hablar solamente de la formación profesional científica y técnica en cuanto a los médicos. Si la Facultad de Medicina fuese como muchos quieren, y como en muchos países fuera de España en realidad va siendo, una escuela profesional exclusivamente, claro está, los otros objetivos, el de la transmisión de la cultura y el de la investigación de las verdades, quedarían un poco al margen. Esto simplificaría mucho la tarea de formar prácticos profesionales aptos; pero, en cambio, se les quitaría una dimensión de la cual el médico no puede prescindir, porque por razones históricas es un universitario, como lo ha sido siempre, y, además, decíamos hace un momento, esa confianza que en el médico tiene que tener el paciente, esa confianza radica no sólo en sus conocimientos técnicos, sino en una serie de imponderables, entre los cuales está el que sea un hombre de ciencia. Yo muchas veces, como tengo una disciplina de tipo general, la Anatomía, cuyas conexiones directas e inmediatas con el ejercicio profesional no están siempre claras, tengo que recordar a los alumnos que el puesto que hoy ocupa el médico no es sólo porque trate de cosas tan cara como es a todos nosotros la salud y la vida, sino porque, además,

no dispone más que escasamente, habrían de ser, en cualquier caso, las normas fundamentales para una reforma.

Hay que evitar el riesgo de una especialización excesiva

Una última palabra en relación con la formación que la Universidad debe dar. La excesiva fragmentación de la aplicación de los saberes lleva consigo una especialización. El trabajo ha tenido que dividirse y la rápida evolución de la ciencia y, en consecuencia, de la técnica hace imprescindible el conocimiento preciso de una parte muy limitada de lo que antes podía abarcar un solo hombre. El que domina una especialidad se cree tan dueño de ella que, por extrapolación, se considera a sí mismo como un reyuelo de sus dominios que no necesita recurrir a poderes más altos. Dentro del pensamiento se han instituido unos reinos de Taifas, con fronteras y aduanas insensibles, como aquel consumidor del que Juan Ramón decía que no creía en las mariposas blancas dentro de los serones que llevaba "Platero". Para muchos científicos, la religión es de "letras" y no pertenecen al mundo diario que viven.

Contra esta fragmentación se han rebelado muchos docentes, que claman por una información general dentro de los estudios técnicos. Si leemos detenidamente sus proyectos nos encontramos con unos programas en los que predomina el ansia cultural, pero no se busca un saber que trabe los conocimientos dispersos en una unidad trascendente.

Esta misma fragmentación de saberes ha obligado a la Universidad al establecimiento de unos compartimientos que poco a poco se han ido haciendo más estancos. La profesionalidad de los estudios hace olvidar el repertorio de

convicciones que ha de dirigir la existencia del hombre, y con ello, la Universidad pierde su antigua unidad y se convierte en una yuxtaposición de ciertas enseñanzas que se agrupan administrativamente. Contra esta estanqueidad, que ha producido un estancamiento, se han levantado muchas voces, y entre ellas las de algunos que claman por un retorno a la Universidad medieval, en la que lo que hoy se denomina cultura no era ornato de la mente, sino un sistema concluyente de ideas sobre el mundo y sobre la misión y el fin del hombre. Ciertamente, el campo del saber de entonces permitía al hombre el conocimiento de las materias de un modo diferente a lo que el actual puede hacer, teniendo en cuenta la imposibilidad de dominar todo lo que la ciencia en estos momentos conoce.

Con más insistencia que nunca se habla de la necesidad de la filosofía y de la teología, sin que el tema, en su aspecto general, llegue a plantearse con todas sus consecuencias. Se percibe una timidez en el planteamiento como si se quisiese eludir el rotundo nombre de Dios, ocultándolo dentro de esas vaguedades de un Ser superior y un Supremo Hacedor, de un Omnipotente, tomando atributos y no la radical integridad del Señor vivo y operante en el seno de la Trinidad como fuente y origen de todo.

El hombre actual, que quiere más de lo que puede, que sabe lo que materialmente hace desconociendo muchas veces para qué, tiene insatisfecha una ansiedad que no puede llenarse culturalmente, necesita formarse, conformarse a una imagen inicial que cristianamente es aquella con arreglo a la cual Dios le formó. El sentido y el fin de toda formación es lograr que el hombre solicite, humilde y confiadamente se convierta en el objeto del permanente ejercicio del poder creador de Dios.

en cierto modo hemos llegado a esto, a pertenecer al grupo de los universitarios, porque hemos añadido al arte de curar una "scientia infirmitatis"; es decir, un conocimiento de los principios de la enfermedad y de su tratamiento, y claro, de esto no se puede prescindir, y como no se puede prescindir, esto crea en cierto modo una teoría

en la enseñanza de la Medicina, porque lo que es conveniente para la formación cultural tiene que ser necesariamente en detrimento no de la formación profesional en general, sino de la formación concreta de la adquisición de técnicas inmediatas para el conocimiento del diagnóstico o para el tratamiento de la enfermedad.

HA MEJORADO EN LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS

Vamos a ocuparnos, pues, de la formación profesional dentro del esquema de la formación profesional en general, y para conocer cuál es su situación general en España no hay mejor medio que el de atenernos al precepto evangélico aquel de que por sus frutos los conoceréis. ¿Cómo son nuestros médicos cuando salen de la Facultad? Decía un eminente profesor hace algún tiempo que en cuanto a la formación de profesionales, en cuanto a la calidad de los médicos que han estudiado en las facultades de Medicina españolas desde hace veinte años, los resultados son alentadores, la preparación teórica de los médicos jóvenes que se han preocupado de sus estudios durante la carrera es buena, en algunos casos excelente, en ningún caso inferior a la media de recién graduados de otros países. Como la preparación teórica es superior a la práctica, los postgraduados que la poseen adquieren ésta con facilidad en cuanto tienen ocasión de ponerse en contacto directo con el enfermo. De aquí resulta que el nivel medio de la clase actual es muy superior al de hace veinte años. Claro, el tono general optimista de estas palabras está en cierto modo limitado por dos incisos: uno, el de que se habla de los alumnos que se han preocupado de sus estudios, porque claro está no se trata sólo de que la Facultad sea un medio de aprender, sino que realmente es preciso que el que salga y haya recibido un título de su-

ficiencia la tengan siempre, que no quede esa incógnita de aquel que sin haberse preocupado de los estudios durante la carrera pueda llegar a ser médico.

El segundo inciso se refiere a lo que es muy superior al de hace veinte años; pero claro, esto es un flojo consuelo para el enfermo actual. No se trata de una comparación con lo que podría ocurrir hace veinte, hace cuarenta o hace cien años; si hoy, naturalmente, son buenos médicos en absoluto. Yo creo que ese nivel, esa barrera de los veinte años no es justa. Los alumnos, realmente en el aspecto teórico, son desde hace más de veinte años, son desde fines del siglo pasado, unos profesionales (me estoy refiriendo al aspecto teórico), unos profesionales perfectamente comparables a los de cualquier país del mundo civilizado; incluso nuestra formación teórica es mejor en muchos aspectos, es superior a la de muchos países que dan una importancia extraordinaria a lo práctico y, además, lo estamos comprobando constantemente por aquellos alumnos nuestros que tienen que pasar reválidas en otras facultades de otros países, en los que realmente no encuentran dificultad ninguna en el orden de la formación teórica. Me refiero, naturalmente, al alumno medio, y si acaso un poco por encima del medio. No hablamos de este lastre que desgraciadamente se filtra a través de nuestro sistema de selección.

LA ENSEÑANZA PRACTICA DE LA MEDICINA

Pero vamos a referirnos concretamente a la enseñanza práctica, porque es éste un punto en el que nuestra auto-crítica se ha exacerbado en estos últimos años. El contacto sobre todo con la Medicina americana, en la que la formación práctica es el objetivo principal de la formación universitaria, ha producido una conmoción no ya sólo en España, sino en toda Europa. Los otros países que tenían una formación tan buena como la alemana, que ha sido prototípica en Medicina desde hace muchos años, se han planteado el problema de revisar sus métodos de enseñanza para lograr lo que en las universidades americanas consiguen en este terreno. Desde luego, en esto tenemos que empezar por decir que sí, que en este terreno la formación práctica es deficiente; yo podría citar un alumno que he conocido, no es de mi facultad actual, un alumno distinguido, estudioso, con curiosidad por todas las técnicas de su profesión, dispuesto a adquirir conocimientos prácticos cuando se le suministraron, y que, sin embargo, salió de su facultad sin haber visto un parto, el primero que vio fué el de su mujer, como cualquier cristiano corriente; que no

había puesto ninguna inyección intravenosa, no había practicado un sondaje uretral, por ejemplo; que no había hecho un sondaje gástrico; en fin, una serie de prácticas elementales que todo médico debe hacer.

En esto se han mejorado ya mucho las cosas. Hoy, creo que en todas las facultades de España, no se sale sin haber visto un cierto número de partos; es posible que alguno pueda pasar sin esto, pero tendrá que realizar trucos o realizar ciertas cosas en que tan muchos son los estudiantes, pero no es el caso a que me estoy refiriendo, en que sin truco simplemente, las prácticas se hacían en maniquí y no se consideraba obligado el ver un cierto número de partos. Era posible hacerse médico sin este elemental conocimiento directo de la realidad.

No se estima debidamente la lección práctica.

Ahora bien: sin que las cosas lleguen a este extremo, hoy sigue siendo deficiente nuestra formación práctica, y es deficiente por una serie de razones. Parece que lo primero que tenemos que aducir siempre es la falta de medios, y

yo creo, vamos a verlo, nos faltan medios; pero nos falta, sobre todo, una posición mental frente al problema. Hace unos años en la Facultad de Valencia, y tengo que subrayar las palabras tan acertadas de Durán al señalar la conveniencia de dejar una cierta flexibilidad a las Facultades, a las Universidades, para marcar sus propios planes de estudio dentro de ciertos límites generales, incluso sus horarios y sus medios de enseñanza; pero también hemos de reconocer que, aun dentro de los límites actuales, hay una cierta posibilidad que no siempre se utiliza aprovechando la que existe respecto a horarios; hace unos años, pues, se había llegado a un acuerdo en mi Facultad de destinar la mayor parte de las horas de la mañana a las prácticas; habría unas clases teóricas al principio, otras al final y en el medio de la mañana las clases prácticas. Pues bien, después este acuerdo no pudo realizarse, o no se realizó en toda su pureza, precisamente por el cariño que un gran número de profesores tiene a las lecciones teóricas; es decir, que hay un gran número de profesores excelentes,

EURAMERICA

Ultimas novedades

Colección MUNDO

MEJOR

Núm. 50.—**COMUNIDAD CRISTIANA PARROQUIAL**, por el Centro de Estudios Pastorales de Zaragoza. 608 páginas, 95 pesetas.

Núm. 51.—**EL MOMENTO SOCIAL DE ESPAÑA**, por Rafael González Moralejo, Obispo auxiliar de Valencia. 200 páginas, 45 pesetas.

Núm. 52.—**COMUNICACION DE BIENES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO**, por Cáritas Española. 2.ª edición, 360 páginas, 50 pesetas.

Núm. 53.—**DIEZ SACERDOTES POR DENTRO**, compilación de Jaime Loring, S. J. 160 páginas, 40 pesetas.

Núm. 54.—**GENERACIONES NUEVAS, PALABRAS NUEVAS**. Ocho años de "El Ciervo". 262 páginas, 55 pesetas.

Núm. 55.—**EL MISTERIO DE INIQUIDAD EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA**, por Luis Cencillo. 256 páginas, 50 pesetas.

Núm. 56.—**MANUAL DE DIRIGENTES DE CURSILLOS DE CRISTIANIDAD**, por Juan Hervás, Obispo prior de las Ordenes Militares de Ciudad Real. 410 páginas, 80 pesetas.

Pídalos a las buenas librerías o a La Editorial Católica, S. A. Mateo Inurria, 15. MADRID.

pero ya formados; no es cuestión de edad, porque precisamente en ese aspecto soy de los más veteranos y estaría con más motivo que muchos ligado a estas tradiciones, pero hay una afición tal a lo que uno ha realizado a lo largo de la vida, a lo que uno ha aprendido también de joven, que esta importancia, este énfasis que la Universidad española ha dado siempre a la lección magistral, que ha sido prácticamente muy difícil, o por decirlo así imposible, para algunos profesores el renunciar a esto, y muchas veces han convertido sus lecciones prácticas en lecciones magistrales de un radio de acción un poco menor, en un tono un poco más íntimo, pero al fin y al cabo no en lección práctica; es decir, no convencerse que la lección práctica es no hablar; es hacer que cada uno pueda hacer prácticamente las cosas; podrá recibir una indicación, una sugestión, una ayuda de un profesor que esté inmediatamente a su lado.

Dos deficiencias generales en la actual formación práctica

En este terreno, por ejemplo, existe también una resistencia, que no está justificada, por parte de algunos profesores universitarios a utilizar los medios de que se podría disponer para una mayor formación práctica. Me refiero, por ejemplo, no a las disciplinas fundamentales, en las cuales esto no es posible; no hay posibilidad de hacer anatomía, ni hacer histología, ni hacer fisiología, normalmente, fuera de la Facultad. Estoy hablando de una capital de provincia; quizá aquí que hay institutos universitarios que tienen relación con alguna de estas disciplinas pudiera hacerse algo, pero en cambio en las clínicas sí que se puede hacer. Es evidente que en cualquier capital de provincia hay otros hospitales, hay otra serie de prácticos capacitados que podrían recibir a cierto número de alumnos, para darles las prácticas en el terreno clínico y que podrían recibir luego las lecciones del profesor, que podrían estar controladas e inspeccionadas por el profesor, pero no se ha puesto nunca esto en práctica, se ha postulado muchas veces, pero lo cierto es que no se ha realizado nunca. Este es uno de los grandes elementos que han utilizado los anglosajones, no los americanos, sino en Inglaterra, para la formación práctica. Es decir, el alumno, de igual manera que el pasante con el abogado, el alumno se pone al lado de un clínico, de un médico en ejercicio, para aprender ciertas cosas prácticas que la práctica ha de enseñarle. En este terreno de la enseñanza práctica podríamos señalar como dos principales defectos de nuestra formación: uno es la falta de contacto con la necropsia, con la autopsia. Por una serie de razones no es agradable, incluso para el médico, el contacto con el cadáver; el clínico tiene una cierta resistencia a contemplar la autopsia del caso que él había diagnosticado, y en el cual se van a ver los errores en que ha incurrido casi obligadamente, ya que le es imposible acertar totalmente. Muy pocas veces uno acierta todas las circunstancias de un caso que ha tratado. Por esta tendencia de reservar la mayor parte de las horas de la mañana a las lecciones teóricas, por lo que sea, hay muy poca formación en este terreno en nuestros alumnos al salir de la Facultad, y esto es una de las cosas que no se pueden sustituir nunca con nada.

El que no ha visto los órganos tal y

como los deja la enfermedad tiene que tener un concepto un poco irreal de lo que las cosas son. El otro defecto es no seguir el curso de los enfermos. Nuestra enseñanza práctica, ordinariamente, es el ver un enfermo en la consulta, el estudiarlo con una serie de circunstancias que precisa el diagnóstico. De todos los medios auxiliares, en este aspecto hemos adelantado extraordinariamente. Estamos, podemos decirlo sin ninguna clase de reservas, exactamente igual que cualquier país del mundo, pero en cambio al enfermo no se le sigue, y entonces el médico adquiere una idea equivocada de los medios de tratamiento. Hay, naturalmente, por ejemplo, un tratamiento quirúrgico; yo soy cirujano y no tengo nada contra él. Tenemos, evidentemente, un concepto optimista. El enfermo que sale de nuestras manos siempre se encuentra mejor, es obligado; las molestias que le quedan las atribuimos o tratamos de atribuirles muchas veces, con el mejor deseo, a las propias molestias postoperatorias, y luego no seguimos al enfermo, no nos hemos enterado de que aquello que hemos hecho ha tenido una eficacia pequeña.

Quiero decir con todo esto que el alumno que no sigue durante meses el curso de un proceso crónico tiene un concepto un poco equivocado de la marcha de ese proceso, pierde la idea no sólo de cómo esas cosas marchan, sino de cuáles son los recursos a los que el médico tiene que apelar para el tratamiento de estos enfermos que no se curan instantáneamente. El hombre actual tiene un concepto demasiado optimista de la Medicina, cree que los adelantos médicos poco menos que nos han puesto a las puertas de la supresión de la enfermedad. Siempre tropezamos con esta excesiva esperanza que el enfermo deposita en nosotros, y realmente el

alumno, al salir de la facultad, tiene también este optimismo excesivo. El seguir durante meses un enfermo, el ver la serie de altas y bajas que tiene la enfermedad y el saber que no se puede pretender curar siempre, sino que lo que hay que pretender a veces es aliviar y consolar al enfermo, según los célebres aforismos de curar algunas veces, aliviar las más y consolar siempre; estos aforismos, que parecen ya anticuados, que parecen que no tienen relación para la actual Medicina, eficaz y moderna, siguen teniéndola, sin embargo, y ésta es una de las cosas en las que nuestros alumnos salen mal formados.

Falta personal auxiliar en la enseñanza médica

Pero además de esta falta, de esta no orientación del profesor hacia la enseñanza práctica, hay, naturalmente, la falta de medios. Al hablar de medios me refiero principalmente a la falta de personal auxiliar. Decía hace un momento que la enseñanza práctica no puede ser una enseñanza en que se hable, sino en que se haga, y que el alumno ha de tener, en un grupo de ocho o diez, alguien que le enseñe a hacer. En este sentido, pues, a pesar de los recientes esfuerzos por parte del Ministerio, es realmente en donde estamos a una mayor distancia de lo que pasa en los países en que la enseñanza práctica es eficaz. Yo puedo recordar, a título de anécdota, y que expresa de una manera clara mejor que cualquier larga estadística de cifras, podría darlas, pero sería demasiado largo, cómo hace dos o tres años uno de nuestros colaboradores estuvo pasando un año en Suiza en una de las clínicas, y uno de los comentarios cuando ya se familiarizó con el ambiente, fué el de la situación de la medici-

Tratado de moral profesional

por Antonio Peinador Navarro, C. M. F.

Profesor de Teología Moral en la Universidad Pontificia de Salamanca

La Biblioteca de Autores Cristianos publica este tratado que expone el aspecto deontológico de las actividades profesionales y actualiza uno de los capítulos más importantes de la moral social cristiana. Por la autoridad de su autor y la plenitud de su contenido, constituye esta obra un vademécum completo, moderno y seguro para el ejercicio moralmente adecuado de las tareas profesionales en todos los campos de la docencia, la política, la administración, el derecho, la medicina, la producción y el comercio.

Claridad meridiana. Sentido práctico. Dominio especializado de la materia. Seguridad en las orientaciones.

XV + 611 págs. En tela, 115 pesetas; en plástico, 135

Pídalo a su librero, y si no lo tiene, a
LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.
Mateo Inurria, 15. Madrid-16

BAC 215

na en Suiza y en España. Ya ha trascendido por toda Europa la deficiente remuneración de nuestros universitarios, y al hablar de estas cosas le preguntaron cuánto tenía, y dijo que lo que cobraba eran unas 6.000 pesetas al año. Entonces le dijeron: "Oiga usted; no puede quejarse. Ustedes, los meridionales, son unos exagerados. Prácticamente tienen lo que tenemos aquí el profesor titulado, el profesor agregado y luego el jefe de trabajos prácticos. Usted tiene el puesto que corresponde a este tercer lugar, y es eso, poco más o menos, lo que aquí tenemos: 410 pesetas diarias." "No—respondió nuestro colaborador—; ¿cómo 440 diarias? 440 al mes." Al oír esto se quedaron realmente admirados, porque, claro, no les cabía en la cabeza que aquella cifra que

el colaborador nuestro había dado fuera no diaria, sino mensual, que era la que correspondía. Es decir, que tenemos en ese aspecto una retribución 30 veces inferior a la que tienen en Suiza, y aunque la vida ya sabemos que es mucho más cara allí, con cualquiera de los coeficientes que queremos aplicarle queda todavía un margen enorme.

Es evidente que en estas condiciones no podemos tener profesores ayudantes dedicados a la enseñanza, y, naturalmente, las prácticas llevan mucho tiempo, y o serían tantos los profesores que dedicarían una pequeña parte de su tiempo a la enseñanza, o han de ser un número reducido, que es lo conveniente, pero que puedan dedicar toda o gran parte de su jornada a la enseñanza; de esto estamos realmente faltos.

EL PROBLEMA DE LOS MEDIOS MATERIALES

Luego tenemos el problema de los medios materiales. Por dar una cifra que equivale a muchas podemos decir, por ejemplo, dos cifras: una, la que había calculado en su conferencia Cortés que debía percibir la Facultad de Medicina de Madrid, aplicando la media por alumno que tienen las facultades americanas, resulta que debía percibir 708 millones de pesetas al año. Otra cifra la tomo de Albareda, que en su trabajo sobre investigación científica da unas cifras de lo que tiene por término medio una biblioteca de una universidad americana para su sostenimiento anual. Las hay mejores y peores, pero, en fin, el término medio es de 15 millones de pesetas anuales. Si ustedes piensan que nosotros, no sé aquí, pero, en fin, en la Universidad de Valencia, para atenciones de cultura, todas las atenciones de cultura, entre las cuales están las bibliotecas de las facultades, no la general, que ésta tiene una pequeña consignación aparte, son 120.000 pesetas al año, se darán ustedes cuenta cómo estamos todavía por debajo del 1 por 100 de lo que percibe sólo por un concepto una universidad americana. En estas condiciones es muy difícil que la enseñanza práctica se pueda verificar, cualquiera que sea el esfuerzo que se haga.

El médico ante la seguridad social

Está también ligado a este mismo problema el problema de la escasez de enfermos. Pero hay otra cosa que también podría remediarse sin la afluencia de nuevos medios, sino simplemente cambiando nuestra posición frente a las cosas. Es la falta de proyección hacia el futuro, de modo y manera que el orden de posición para renunciar un poco a la lección magistral y dar una enseñanza más práctica se puede conseguir con simple cambio de la posición del profesor. También podría cambiarse la posición del profesor en orden a proyectarse hacia el futuro inmediato, a pensar en lo que tiene que hacer el alumno en cuanto sale de la facultad. El alumno va a ser, hoy día la mayor parte de los alumnos van a ser, dentro de unos cuantos años, médicos de la seguridad social, médicos de la medicina social. En este aspecto tengo que decir que nuestras facultades, por lo menos las que yo conozco, no han encajado exactamente esa posición. Podrán aceptarla, todos la aceptamos de hecho, pero no hay, por decirlo así, un orientar la enseñanza hacia lo que va a ser la práctica de la mayor parte de nuestros fu-

turos médicos; un tipo de ejercicio profesional ligado a la medicina que necesariamente deja una impronta fortísima en la forma de ejercerla, y hemos de atenernos a esa realidad. No pensemos que pueda volver ya el tipo de ejercicio profesional anterior, no sólo por razones sociales, sino por razones de la propia medicina. La medicina hoy se ha complicado de tal manera que, en realidad, no puede ejercerse más que en equipo, y el tipo de médico que todavía recibe a sus enfermos en su despacho particular y que tiene una clínica es un cuerpo a extinguir y que durará exactamente muy pocos años. La orientación al futuro es, pues, otra de las cosas que echo de menos en estos momentos en nuestra Facultad.

Esta falta de medios es muy difícil que se corrija en toda la cuantía que sería necesaria. Hemos de reconocer que el Estado en esto no hace más que hacerse eco de la sociedad española. La sociedad española no siente la angustiosa necesidad de su Universidad en orden a los medios. Realmente estoy convencido de que cualquier propuesta de elevación de sueldos del profesorado, tanto del titular como del auxiliar, es una cosa impopular. Lo es, hemos de reconocerlo, por circunstancias que no podemos analizar en este momento. Pero, claro, hay que ir convenciendo tanto al Estado como a la sociedad de que podrá quererse o no tener una Universidad, pero que si se quiere tener la Universidad es una cosa muy cara. Las hay menos caras, pero no son tan buenas.

Jerarquía en los medios

Teniendo en cuenta los medios, tengo que recoger las palabras que un día pronunció un conocido premio Nobel de Medicina argentino, que decía que los medios hay que clasificarlos de mayor a menor en este orden: primero, hombres que trabajen; segundo, medios para que trabajen, y tercero, edificios. Nosotros, cuando pensamos en las necesidades que tenemos, invertimos este orden. Pensamos primero en los edificios; luego, en los medios, y por último, en los hombres que han de llenarlos y que han de dar un objetivo y una vida. Es verdad que los edificios serán necesarios; estoy hablando de una facultad que durante años ha estado alojada en un lugar, en fin, poco menos que inhabitable; pero no pensamos que se ha hecho todo, ni siquiera lo principal, cuando a las universidades se las ha dotado de edificios, porque precisamen-

te es esto lo menos importante de lo que necesitan.

Y unas palabras, brevemente, en orden a la formación, para salir al paso de una afirmación que hace muy pocos meses se ha hecho en torno a la enseñanza de la medicina. Se dice que un remedio importante o una solución importante sería la plena dedicación del alumno a la enseñanza, es decir, que los tres últimos años de la carrera el alumno debe estar libre de todas las ocupaciones; se dice incluso que el servicio militar se haga en los primeros años, para poderse consagrar exclusivamente a su formación profesional. Yo creo que a los alumnos actuales, por lo menos a los que yo conozco en la Facultad de Medicina en que vivo, les exigimos demasiado desde el punto de vista profesional, con la eficacia mejor o peor, ya hemos visto, que en el orden práctico no tan buena, aunque es mejor en el teórico, pero les estamos quitando toda posibilidad de dedicar algún tiempo a su formación como hombres en una época de la vida en que ya no podrán lograrla más tarde.

El médico necesita una formación humana integral

La formación profesional pueden lograrla en cualquier momento de la vida. Lo que no pueden lograr es el desarrollo de las posibilidades humanas que tienen en potencia y que realmente estamos yugulando con la terrible tiranía que ejercemos sobre el tiempo de nuestros muchachos, no porque los tengamos metidos en la facultad, sino porque prácticamente, con las exigencias que ha traído la enseñanza y, en fin, el desarrollo de las disciplinas médicas, realmente no tienen tiempo ni para divertirse. En fin, no sé si es una posición demasiado optimista de un hombre ya viejo que ve con un poco de tolerancia y de simpatía a los jóvenes, pero realmente yo creo que ni tienen posibilidades de formación cultural que no sea médica ni posibilidades de deportes apenas. Creo que les estamos absorbiendo demasiado en la formación profesional. Yo recuerdo mis tiempos, en los que la exigencia de los exámenes era mucho menor que hoy día. Sabríamos menos en este aspecto, pero nos quedaba una cierta posibilidad de saber una serie de cosas que hoy no se pueden desarrollar. En este sentido, creo que también es éste uno de los problemas que tiene planteada la Universidad española: el hacer posible la formación profesional e investigadora, que, evidentemente, tiene que tener, con este aspecto cultural que no puede dar sólo la Universidad, que ha de darle la vida, y es preciso para ello conectar ambas actividades.

La investigación tiene que hacerse en la Universidad

Por último, tendría que hablar de la investigación, pero, afortunadamente, ya ha tocado tan bien, tan completamente, el tema Durán, que con muy pocas palabras voy a salir del paso. Evidentemente, la investigación tiene que hacerse en la Universidad. Ha dado Durán una serie de razones, pero podríamos decir que además de que la investigación es tan connatural al científico como el apostolado al católico, es decir, no se puede ser cristiano sin ser apóstol, en cierto modo también el espíritu investigador es necesario a la Universidad. Es preciso que se investigue, porque hay muchas cosas que pueden impedir que uno investigue. Pero el espíritu investigador está ligado casi

siempre a la ciencia, porque cuando se posee como una cierta autenticidad de la ciencia se convence uno del carácter de provisionalidad que tiene, se huye del dogmatismo, de la lección dogmática, el dar las cosas como si ya estuviesen definitivas, que esto no es posible en la ciencia; estamos convencidos de que todo tiene un carácter de constante evolución; por lo tanto, el que conoce algo aspira a conocerlo mejor, aspira a adquirir verdades íntimamente ligadas con aquella que está profesando y enseñando, y, por lo tanto, no cabe que se pueda ser un maestro en la auténtica expresión de la palabra, no un repetidor de algo conocido, si no se tiene un espíritu investigador.

Ahora, evidentemente, habrá una serie de orientaciones, pero no se trata ya de si se puede o si se debe investigar sólo en la Universidad. Es que hay que enseñar a investigar, porque esto sí que a la Universidad no se le puede arrancar; ella es la que está en contacto con los jóvenes en la época de su aprendizaje y su formación. Podrá investigarse más o menos en las facultades, pero si no se investiga lo necesario, por lo menos para enseñar a investigar, se está faltando a una de las principales misiones que tiene la Universidad. En este aspecto estamos realmente también muy faltos de medios. No se trata ya de que haya un número reducido de investigadores. Los hay por muchas razones. Los hay por falta de posibilidades de dedicar íntegramente el tiempo a la función investigadora; pero es que, sobre todo, falta el número de medios necesarios para dar una enseñanza, siquiera sea elemental, de la investigación al número considerable de alumnos que existen en cualquier facultad.

Ya sabemos que no todos van a ser investigadores, pero si no se les logra inocular esta idea de la provisionalidad de la ciencia y, por tanto, de la necesidad de estar estudiando continuamente, esto que se ha dicho de que muchas veces en mi carrera el querer ser médico supone matricularse en una carrera para toda la vida, esta constante aspiración a saber y adquirir verdades nuevas, verdades nuevas que es el enfermo en que uno no encuentra las cosas completamente dentro de los cánones libresco o de los cánones ortodoxos; este aprender siempre algo nuevo que cada caso nos ofrece, esto es un hecho fundamental y esto hay que llevarlo a todos los alumnos. Vamos a una enseñanza de masa, y para esto se necesitan muchos medios; y hasta tal punto es importante este aspecto, que precisamente, como al principio dije, considero que es éste el problema fundamental que tiene la Universidad americana en estos momentos: el conseguir que la enseñanza de la investigación llegue a todos. Hablamos, lo repito, no de que todos sean investigadores, pero sí que todos tengan un espíritu de investigación, un espíritu de abierta curiosidad a la nueva verdad, y si esto lo tiene en un país tan dotado de medios como es Norteamérica, ya comprenderán ustedes cuál y cuán grande es nuestra necesidad en este aspecto.

El porvenir de la Medicina en España y el Seguro de Enfermedad

Podría, para terminar, decir que, realmente, el porvenir de la medicina en España está en parte ligado a esto que acabo de decir, pero, además, a otro aspecto, y este ya no es universitario. Me refiero a un tema que tantas veces habrán ustedes oído comentar que pen-

sarán que caigo ya en el clásico tópico. Me refiero al Seguro de Enfermedad. No voy a hablar en modo alguno del Seguro en el sentido de que esto haya producido una alteración en la economía de los médicos, ni mucho menos. Esto no es un problema, no tiene ninguna importancia. Esto necesitará un reajuste, como todas las cosas de la vida. El médico también es un funcionario caro necesariamente; es una cosa que también hay que comprender: que si se quiere tener buenos médicos hay que pagarlos. Yo creo que esto, a la larga, no será un problema. El Seguro aquí será como es en Inglaterra, como en Francia, como en Alemania, en que no ha supuesto ninguna limitación, en fin, de los medios razonables que debe tener el médico naturalmente. De igual manera que ha terminado el médico de familia, prácticamente también ha terminado el divo. El divo existe mientras hay un arte. Mientras hay un arte se podrá pagar a un Paganini más que a un violinista de café.

Esto ya ha pasado y no tiene importancia. Pero me refiero a las formas actuales, en que se ha proyectado el Seguro en orden a la limitación del estímulo para el médico, es decir, en cuanto no hay unas posibilidades abiertas al porvenir; es decir, en cuanto no hay en el juego social estímulo. Naturalmente, esto es un grave inconveniente para la Medicina y para cualquier profesión. Ustedes saben que incluso en países tan socialistas como Rusia se ha pasado ya de la utopía de la igualdad económica y se ha planteado la posibilidad de pro-

perar en la propia profesión, y esto es precisamente una de las cosas que limitan nuestras posibilidades de personal auxiliar, tan apto para la docencia como para la investigación.

Nosotros no tenemos porvenir que ofrecerles; ni el docente, porque llegar a catedrático es una lotería; los que lo somos sabemos que hemos podido no haberla logrado, a pesar de las condiciones que podamos tener, e incluso porque son muchos los que aspiran a un puesto que, naturalmente, no puede ser más que para uno, y ya una vez que uno pasa una determinada época de la vida, pues ya ha pasado la oportunidad. Es preciso que la carrera docente sea una carrera sin necesidad de que necesariamente se lleve a médico titular, y con el investigador pasa exactamente lo mismo. No creo que se pueda ser investigador sin ser un hombre genial, y llegar a puestos, en fin, de primera plana de periódico; la investigación tiene que despojarse de aquel ambiente que tenía hace años, en el cual incluso padecía inmodesto titularse investigador, como titularse inventor. No; realmente es una actividad perfectamente reglable, y se puede serlo sin que esto quiera decir que todos los días se van a ver obras geniales, pues en este aspecto estamos muy mal y es quizá el problema más grave que tenemos. Este es uno de los grandes problemas que tiene la universidad, e incluso todo el Estado español, en cuanto a la formación de científicos. El Estado se gasta algo, lo poco que tiene, en formar a científicos, y éstos se marchan a des-

Novedades de Euramérica

Colección MATRIMONIO Y HOGAR

Número 12: A LA MEDIDA DE SU AMOR, por Pierre de Locht. 216 páginas. 45 pesetas.

El cuerpo es bueno, pero cohabita con el espíritu, por lo que el problema no es tanto de delimitar las fronteras de lo permitido y de lo prohibido como de conseguir el equilibrio de los seres. Este libro crea una perspectiva de espiritualidad dinámica totalmente espiritual.

Número 13: EL AMOR FIEL, por Franz Weyergans. 132 páginas. 40 pesetas.

Este libro es un ensayo que delimita la fidelidad en el matrimonio, sus condiciones, su clima psicológico, sus constantes, sus amigos, sus enemigos, sus derrotas, sus victorias. Una dialéctica sostiene su construcción: la fidelidad, por una parte, y, por otra, los obstáculos con que tropieza y que ha de vencer. Porque la felicidad de los esposos fieles está hecha de una tensión entre su amor y la tentación que quiere robárselo.

Un libro sobre la fidelidad en el matrimonio escrito por un padre de familia que además ha sido gran premio católico de literatura 1958.

Número 14: EL AMOR, MAS FUERTE QUE LA MUERTE, por L'Anneau d'Or. 391 páginas. 70 pesetas.

He aquí la traducción tantas veces solicitada a los editores de una obra dirigida al estado de viudez. Un volumen redactado por especialistas, sacerdotes y por viudas con la misma impronta que tienen todos los trabajos elaborados por L'Anneau d'Or.

Colección CARITAS

Número 3: LA CARIDAD NO MUERE, por Charles Gielen. 320 páginas. 55 pesetas.

En todos los tiempos los cristianos han estado atentos al deber de la caridad. Pero ¿se han subrayado en otras épocas las exigencias de una fraternidad real como en la nuestra?

He aquí un ensayo para una pastoral y una espiritualidad de la caridad en 1962.

La responsabilidad social de la Universidad y del universitario

(Viene de la pág. 10)

a los privilegiados o han aceptado la violencia como medio necesario y la inmutabilidad de las estructuras económicas actuales o no han asimilado las dimensiones sociales de la caridad fraterna ni el sentido de la justicia que contiene el cristianismo.

Para responder a los problemas descritos, es deber de los cristianos:

a) Evitar cuidadosamente que la Iglesia pueda ser identificada con determinada fuerza temporal, entre otras, comprometiendo su trascendencia.

b) Asimilar vitalmente la doctrina social cristiana trabajando en la elaboración de soluciones concretas, lo que presupone un sentido teológico profundo de las realidades terrenas, del trabajo y de la historia.

2. La Universidad sólo puede constituir una fuerza progresiva de transformación social cuando está abierta a todos los que tienen aptitudes y no sólo a una minoría de privilegiados por el nacimiento o la fortuna.

La gratuidad de la enseñanza universitaria y los regímenes amplios de becas, que contribuyen además al sustento del estudiante, aseguran esas posibilidades de acceso a la Universidad.

Debe establecerse un criterio racional de selección mediante cursos pre-universitarios u otros medios que permitan comprobar la vocación y aptitudes.

3. Corresponde a la Universidad el conocimiento científico de los problemas concretos que plantea la realidad política y económica, el estudio de sus soluciones y la colaboración con los órganos del poder público, permaneciendo al margen de toda política de partido.

Excepcionalmente, cuando las exigencias del bien común lo reclaman, la Universidad podrá ampliar razonablemente su campo de acción en materia política, pero sin desvirtuar en ningún momento los rasgos esenciales que la caracterizan, ni recurrir a métodos incompatibles con su propia naturaleza de institución primordialmente cultural y docente.

Los universitarios tienen plena libertad para realizar individualmente su acción política y les incumbe el deber moral de asumir el compromiso de integrarse en los movimientos precursores de la promoción social.

4. Autonomía significa ausencia de subordinación en el ámbito de su misión; pero ella no implica independencia absoluta de la Universidad frente a los demás grupos sociales, con los cuales debe mantener relaciones de cohesión y colaboración.

Es conveniente tanto para la Universidad como para la comunidad que mantenga comunicación no sólo con los poderes del Estado, sino con las entidades públicas o privadas representativas de las diversas actividades sociales, políticas, económicas y sindicales en la esfera de sus cometidos respectivos. A ese fin deberán establecerse los órganos adecuados que hagan posible ese intercambio.

De un modo especial mantendrá una colaboración estrecha con las organizaciones gremiales de profesionales y estudiantes.

II. LA UNIVERSIDAD, FUERZA PROGRESIVA DE LA TRANSFORMACION SOCIAL

1. Tres condiciones son necesarias para que la Universidad pueda cumplir su función de fuerza propulsora del progreso social.

Primera: Que la Universidad realice su propia esencia

Para existir con autenticidad debe desarrollar eficazmente su misión primaria: preparación profesional, formación científica, investigación y transmisión de la verdad.

Para el cumplimiento de esa misión es indispensable que goce de autonomía técnica, administrativa y financiera, de modo que no esté sujeta a presiones de intereses políticos, sociales o económicos, ni nacionales ni internacionales.

Segunda: Que la Universidad se mantenga en relación vital con la realidad humana

Debe rehuir por igual dos extremos: Encerrarse en una elaboración cultural de tipo abstracto y meramente académico o dejarse absorber por problemas circunstanciales del momento, con pérdida de la visión de conjunto del proceso histórico y de la perspectiva que le permite la más amplia comprensión de la racionalidad immanente a las fuerzas de la naturaleza y la relación del orden social con el orden ético, con los valores del espíritu.

Esta exigencia se manifiesta especialmente en las materias que han sido objeto de avanzada tecnificación y frente a la autonomía de las leyes económicas que llega a separar radicalmente del desarrollo socio-económico el progreso humano, individual y social, con violación del orden fundado en la justicia.

La valoración ética de las soluciones no es ajena a la Universidad, sino que debe erigirse en elemento regulador de su actividad.

Tercera: Que la cultura universitaria se base en una concepción integral del hombre

La plenitud de la formación científica y profesional sólo es posible cuando la enseñanza se funda en una concepción integral del hombre, que presupone la apertura hacia el plan providencial, la elevación al orden sobrenatural.

Esta concepción implica, además, considerar que cada uno de los seres humanos es y debe ser el fundamento, el fin y el sujeto de todas las instituciones en que se expresa y se actúa en la vida social ("Mater et Magistra", núm. 59).

La "socialización" que se produce de conformidad al orden moral y a las exigencias del bien común, y reconoce la autonomía de los organismos intermedios, lejos de dañar a los seres humanos individuales, contribuye a fomentar en ellos la afirmación y desarrollo integral de su persona.

En síntesis, lo social no puede concebirse como negación de los derechos de la persona fundados sobre "la prioridad ontológica y teleológica de los seres humanos particulares respecto a la sociedad" ("Mater et Magistra", números 11 y 21).

Las universidades neutras que no adoptan, como tales, determinada opción ideológica, no se oponen a la concepción integral del hombre. En ellas conviven profesores y estudiantes que profesan diversas y aun opuestas concepciones de la vida y orientan la enseñanza en el sentido de que cada estudiante puede formarse su propia cosmovisión, asegurando la libertad de las conciencias y la seriedad de la ciencia.

Las universidades católicas permiten alcanzar la síntesis de los varios aspectos del saber sobre el mundo y el hombre, a la ley de la fe.

III. LA UNIVERSIDAD, EN LA FORMACION DEL SENTIDO SOCIAL

1. La Universidad debe orientar la enseñanza al desarrollo de la personalidad del estudiante, en su doble aspecto individual y social, y contribuir al perfeccionamiento colectivo de la sociedad, mediante planes de extensión universitaria.

A ese fin debe utilizar métodos pedagógicos activos y comunitarios, del tipo de los seminarios y grupos de trabajo, que estimulen la cooperación solidaria entre profesores y estudiantes.

La preparación técnica debe integrarse en una cultura humanista y social, en una formación ética que reconozca el carácter instrumental del progreso científico, del desarrollo económico y del ejercicio profesional, que deben ponerse al servicio del hombre y de la sociedad.

2. Las formas representativas de participación de los estudiantes en la vida universitaria y en la solución de sus problemas los capacita para su fu-

arrollar su vida al servicio de otros Estados y otras culturas y nos están dejando seriamente mermados en nuestras escasas posibilidades. Creo que éste es uno de los serios problemas de la universidad española y toda la orientación de la investigación científica en España tiene planteados. Y nada más, porque el Presidente, por una vez, y, en fin, en consideración con el foráneo, le ha permitido unos minutos que realmente exceden de esta amabilidad con que ustedes me han escuchado. Muchas gracias.

tura actuación como dirigentes en las actividades políticas y sociales.

3. Para que la Universidad pueda formar y transmitir el sentido social es absolutamente necesario que ella misma constituya una comunidad; que profesores, estudiantes y egresados mantengan una estrecha vinculación, en su condición de integrantes de la institución universitaria, superando las posibles tensiones resultantes de diferencias generacionales.

4. En cuanto a la Universidad católica, la formación social debe ser una preocupación esencial para ella. Libre para impregnar toda su enseñanza de valores cristianos, la Universidad católica debe proporcionar a sus miembros una sólida formación social, y esto no solamente en los cursos de deontología, sino en la enseñanza de las materias científicas y sociales. De esta manera la Universidad realizará un efectivo

aporte al estudio y evolución de las diversas estructuras sociales. La Universidad católica tendría que estar siempre en los problemas del país, por lo menos indicando soluciones, ya que las aplicaciones prácticas pueden depender de factores ajenos. Ella debe colaborar a la promoción social tanto en el plano nacional como en el internacional.

Para lograr esta educación social la Universidad católica debe crear un clima propicio, evitando todo aquello que arriesgue un peligro de falso testimonio.

La democratización en el reclutamiento estudiantil y del cuerpo de profesores de la Universidad católica es esencial. De otro lado, ella debería asegurar una participación cada vez más activa del estudiante en el curso de sus estudios, en su capacidad de iniciativa, de opción y de responsabilidad.

sus síntesis con la realidad, promover la constitución de comunidades de base como núcleos fundamentales de la labor apostólica y trabajar para lograr que la Universidad se transforme a la medida que sea necesario a fin de que cumpla plenamente su misión.

4. Asimismo, los universitarios católicos deben participar en las asociaciones gremiales, profesionales y estudiantiles. Estas no deben estar comprometidas en la política de partido.

Las asociaciones gremiales estudiantiles, en particular, deben perseguir como finalidad la promoción del estudiante en todos sus aspectos y el mejoramiento de la Universidad.

5. Por último, se considera indispensable que una de las funciones específicas de la Universidad—la de irradiar la cultura—se extienda a los sectores populares, ya sea por la utilización directa de los medios comunes de difusión, tales como el libro, la prensa, la radio y la TV, o por la planificación de la propia Universidad realice con esos fines. Esa función, a cumplirse por la Universidad misma o por sus profesores, graduados y estudiantes, llevada a las zonas urbanas, suburbanas y rurales, constituye un aspecto fundamental de las actividades de extensión universitaria, a través de las cuales se vuelca la Universidad hacia el pueblo, traduciéndose incluso en servicios asistenciales mediante los que se educa el sentido social de los universitarios y se contribuye a superar cierta resistencia popular que proviene de la Universidad.

Confiamos que universidades y universitarios, al aplicar las conclusiones antedichas, asumiendo así su responsabilidad social, contribuirán a la realización del plan de Dios, que culmina con la venida de Cristo, en la cual está fundada nuestra esperanza.

IV. RESPONSABILIDAD SOCIAL DEL UNIVERSITARIO

1. Incumbe a profesores, estudiantes y egresados una responsabilidad específica en el campo social: desde el punto de vista individual, a través del ejercicio de sus respectivas tareas, y desde el punto de vista institucional, como integrantes de los claustros universitarios y de las organizaciones gremiales.

2. El universitario católico, en el cumplimiento de esa responsabilidad específica, está llamado a colaborar en estructurar la sociedad en las formas más justas fundadas en los valores cristianos.

Para hacer efectiva esa responsabilidad el universitario católico debe insertarse en las estructuras y congregarse a todos aquellos hombres de buena voluntad que acepten los valores cristianos fundamentales.

El universitario católico deberá, por tanto, tener una formación que le permita distinguir los valores absolutos y eternos de los elementos contingentes y circunstanciales con los cuales se concretan las estructuras.

Esta formación, que debe abordar los problemas de la deontología profesional, el apostolado en el propio medio y el conocimiento profundo de la realidad social sobre la que se va a actuar, tiene que ser dada en y por la acción, evitándose caer en el activismo. Para ello es necesario un esfuerzo de reflexión doctrinal y espiritual al nivel universitario, una espiritualidad en lo social, sostenida por una intensa vida litúrgica orientada por el Magisterio de la Iglesia y con una fidelidad esencial a la verdad.

Finalmente, la formación social no sería completa si le faltara la dimensión internacional. Los cristianos deben acostumbrarse a pensar los problemas con coordenadas universales, como es de la esencia de la Iglesia católica, y no sólo en base a sus realidades nacionales o regionales.

Darles esa dimensión es la misión de Pax Romana en el seno de los grupos locales.

Por otra parte, el universitario católico debe estar presente en la vida internacional y prepararse y prestar su contribución a la edificación de una auténtica comunidad internacional.

Además, el universitario católico tiene una responsabilidad especial dentro de la Iglesia.

La complejidad de la vida moderna

exige que, para la eficacia de su misión pastoral, la Jerarquía reciba del laico universitario el aporte de conocimiento de los problemas temporales, el asesoramiento de su especialidad técnica o científica y la contribución a la elaboración del pensamiento católico.

3. En consecuencia, las federaciones de profesionales y estudiantes católicos deben realizar las tareas específicas que permitan a sus miembros adquirir la formación que los capacite para el cumplimiento cabal de sus responsabilidades.

Tratándose de las federaciones estudiantiles, deberán, por lo tanto, llenar los vacíos en la formación que da la Universidad, orientando a sus miembros para que cada uno de ellos realice

NOVEDADES DE EURAMERICA

"EL AMOR, MAS FUERTE QUE LA MUERTE", por L'Anneau d'Or. 391 páginas. 70 pesetas. (Colección Matrimonio y Hogar, número 14.)

He aquí la traducción tantas veces solicitada a los editores de una obra dirigida al estado de viudez. Un volumen redactado por especialistas, sacerdotes y viudas con la misma impronta que tienen todos los trabajos elaborados por L'Anneau d'Or.

"LA FRONTERA ESTA DELANTE DE CASA", por José María García Escudero. 296 páginas. 60 pesetas. (Colección Cristianismo y Mundo, número 11.)

Ha pasado la hora en que los cristianos vivían en un mundo cuyas fronteras estaban lejos, en las misiones. Hoy todo es misión, y esas fronteras pasan por delante de nuestra puerta, separándonos de los hombres con quienes convivimos.

Sobre esta idea, y puntualizando la naturaleza de esas fronteras, García Escudero ha construido este libro para hacer al lector consciente del mundo en que está inmerso.

REEDICIONES

"MANUAL DE DIRIGENTES DE CURSILLOS DE CRISTIANDAD", por monseñor Juan Hervás, Obispo prior de las Ordenes Militares y de Ciudad Real. 3.ª edición. 438 páginas. 85 pesetas. (Colección Mundo Mejor, número 56.)

"PREPARACION AL MATRIMONIO Y LA FAMILIA", por A. Kriekemans. 2.ª edición. 239 páginas. 50 pesetas. (Colección Matrimonio y Hogar, número 5.)

La responsabilidad social de la Universidad y del universitario

Conclusiones del XXV Congreso Mundial de Pax Romana, celebrado en Montevideo (Uruguay), del 25 al 30 de julio de 1962

Por su coincidencia temática con el ciclo que viene estudiando el Centro de Madrid sobre la Universidad española, transcribimos a continuación el texto íntegro de las conclusiones del último Congreso de Pax Romana, dedicado a la responsabilidad social de la Universidad y del universitario.

Partiendo de un análisis de la situación actual de la Universidad, el XXV Congreso Mundial de Pax Romana, con la participación de universitarios—estudiantes y profesionales—de más de cincuenta países, se reunió con objeto de valorar y precisar la actuación y la responsabilidad de la institución universitaria y de sus miembros en el campo social.

Es ésta una nueva perspectiva del estudio sobre la misión de la Universidad, empezado en congresos anteriores de Pax Romana, que se considera ahora bajo el ángulo de la proyección en el orden social de las tareas primordiales de la Universidad; preparación profesional, formación de la personalidad, investigación y difusión de la verdad.

Frente a la tensión social creciente que acompaña al proceso de transformación del mundo contemporáneo, el Congreso se propuso como objetivo fundamental: exponer y debatir las diversas respuestas cristianas sobre la función que corresponde a la Universidad y al universitario con relación a ese proceso.

Las deliberaciones se realizaron en base a documentos que contenían amplia información y adecuados planteamientos sobre cada uno de los puntos del temario.

Significó una orientación general y un valioso estímulo la carta dirigida al

Congreso en nombre de Su Santidad Juan XXIII por el señor Cardenal secretario de Estado, en la cual se expresan entre otros los siguientes conceptos:

"En un mundo en plena transformación, la Universidad que forma a las minorías intelectuales selectas tiene una gran responsabilidad, en razón de la influencia que ejerce sobre quienes mañana serán dirigentes de la nación. ¿Quién no siente, pues, en primer lugar, la necesidad imperiosa para la Universidad de abrirse a todos los espíritus ansiosos de saber, en vez de reservar su enseñanza a los privilegiados del nacimiento o de la fortuna?"

Más adelante se agrega que procurar a los estudiantes una sana capacidad de juicio y de interpretación de la realidad "será una fuerza de transformación de la sociedad capaz de influir profundamente en sus estructuras fundamentales".

Finalmente hace referencia a los deberes que incumben a la Universidad con relación a los grupos sociales y a los Estados, especialmente en el mundo actual, en que "los medios técnicos cobran un influjo cada vez mayor y amenazan con atenuar el sentido de los valores humanos fundamentales".

A modo de síntesis, naturalmente esquemática, de las opiniones expuestas, fueron aprobadas las siguientes conclusiones:

I. LA UNIVERSIDAD, INSTRUMENTO DE LA CONCIENCIA SOCIAL

1. En el cumplimiento de su misión específica, la Universidad debe captar con especial sensibilidad los datos de la realidad social, para proyectar sobre ella sus investigaciones científicas y técnicas y orientar la formación de dirigentes con miras a realizar el bien común.

Como instrumento de la conciencia social, incumbe a la Universidad estudiar con sus métodos propios soluciones concretas inspiradas en los principios éticos, que reclaman con urgencia la adopción de medidas para la defensa de los valores humanos y la promoción social.

Incluso debe asumir la iniciativa en las situaciones que plantea el proceso socio-económico.

2. La Universidad católica tiene las responsabilidades generales de toda universidad. Mas a ella le corresponde particularmente una misión especial en cuanto a hacer conocer la doctrina cristiana en el mundo. A este respecto es necesario precisar que una universidad católica que no respondiera a las

exigencias mínimas que se imponen a toda universidad (calidad de la enseñanza, de la investigación, respuesta a las necesidades de la sociedad), no sería capaz de desempeñar su papel específico. Así como las responsabilidades sociales de todas las universidades han aumentado considerablemente, las universidades católicas no solamente deben formar la inteligencia de la sociedad preindustrial (abogados, médicos, políticos, etc.), sino también los ingenieros e investigadores, organizadores económicos y sociales, etc. En este sentido la Universidad católica participa en la investigación común, en este inmenso esfuerzo de adaptación que se exige a las universidades.

Lo dicho no obsta a la necesidad de examinar con amplitud y capacidad inventiva las diferentes modalidades posibles de presencia del pensamiento católico al nivel universitario, bajo formas diferentes a las universidades católicas.

3. La Universidad y los universitarios no pueden permanecer indiferen-

tes al tomar conciencia de los injustos desequilibrios sociales y económicos.

Su Santidad Juan XXIII, siguiendo y actualizando la doctrina expuesta por sus predecesores, manifiesta su profunda amargura ante "el espectáculo inmensamente triste de innumerables trabajadores de muchas naciones y de enteros continentes a los cuales se les da un salario que les somete a ellos y a sus familias a condiciones de vida infra-humanas". Especialmente en los países en vías de desarrollo, "la abundancia y el lujo desenfrenado de unos pocos privilegiados contrasta de manera estridente y ofensiva con las condiciones de extremo malestar de muchísima gente" ("Mater et Magistra", parágrafo 12).

El Papa señala asimismo las exigencias de justicia derivadas de la solidaridad humana universal, que impone a los países de alto nivel económico obligaciones precisas para con los países que están en vías de desarrollo, en condiciones de escasez o de miseria.

En el esfuerzo inmenso que se requiere de todos para la instauración de un orden social más justo, las universidades deberán despertar y educar la conciencia social de sus miembros, tanto en el plano nacional cuanto en el internacional, estimulando así en el seno de toda la comunidad un deseo de renovación social.

4. Tales desequilibrios afectan en tonos particularmente dramáticos a ciertos continentes—entre ellos a Latinoamérica—, en los cuales se hace necesaria una inmediata y profunda transformación de las estructuras jurídicas, políticas y socio-económicas.

Esas circunstancias estructurales explican la tensión social y la lucha ideológica que se libra en el seno de las universidades latinoamericanas.

5. La tentación marxista entre los universitarios es un fenómeno complejo y, además, está lejos de ser general; cuando se produce, no lo hace en todos lados con la misma amplitud ni con la misma intensidad.

Por lo que respecta a la América latina, se puede comprobar que existe en muchas universidades una minoría marxista, muy activa y disciplinada, que tiende a dominar los centros de dirección a fin de que la Universidad pueda servir a los objetivos de la revolución marxista. Por otra parte, la Universidad del siglo XX ha dejado de ser un organismo aislado de la sociedad; trata de resolver los problemas sociales y al mismo tiempo sufre por contragolpe sus efectos.

Además de las injusticias sociales, otras causas de la seducción que ofrece el marxismo parece ser el defectuoso funcionamiento de la economía liberal en el plano mundial y la crisis de los valores de libertad y de democracia política. Frente a ello, algunos cristianos han defendido, directa o indirectamente,

(Pasa a la pág. 8)